

Diciembre 11.

Año de 1845

EL VERGEL DE ANDALUCIA.

Periódico dedicado al bello sexo.

PRIMER BAILE DEL VERGEL DE ANDALUCIA.



Con el número de hoy repartimos á nuestras suscriptoras dos billetes para el baile que en su obsequio damos en la noche del Sábado en la calle de las Campanas, casa núm. 7, desde las diez de la noche hasta el amanecer. Uno de estos dos billetes puede ser entregado por nuestras suscriptoras á la persona que tengan por conveniente, bien sea señora ó caballero, y el otro, como él indica, es personalísimo, sin poder por consiguiente ser trasladado. No admitiéndose en Córdoba suscripción á nuestro periódico mas que á señoras, no queremos cerrar la puerta á las que no han tenido á bien hourar nuestra publicación, ni á los Sres. que gusten favorecernos; razon por la que, atendida la mayor brillantéz de la reunion, se hallarán de venta los billetes, al precio de diez reales, en el *Casino de la Amistad*, calle del Cabildo viejo, y en el *Café Parador de Diligencias* de la misma calle, desde el dia de hoy hasta las ocho de la noche del Sábado, que se encon-

trarán en la misma casa de la calle de las Campanas. Grandes son las dificultades que hemos encontrado y que son con-
siguientes á la realizacion de esta empresa: con muchos
obstáculos hemos tenido que luchar para llevar á cabo nues-
tro pensamiento; pero no es hoy toda la gloria nuestra: los
Sres. colaboradores de nuestro periódico en esta ciudad, co-
misionados por esta Redaccion para el adorno de los salones
y todos los trabajos que conducian al objeto, se han hecho
acreedores, por el buen desempeño del cargo que cortés-
mente admitieron, á nuestra gratitud; y así creo nos será
permitido desde ahora congratularnos, dándoles las gracias
con la mas sincera enhorabuena. No hemos escaseado des-
de el principio sacrificios de ninguna especie: hemos que-
rido que este obsequio fuese digno, cuanto sea dable, de
nuestras finas y elegantes favorecedoras; mas su presencia
suplirá cumplidamente cualquiera falta que haya podido ha-
ber por nuestra parte, y garantizará á los concurrentes to-
dos, así como el precio de los billetes, de que la reunion
será lucida, numerosa y brillante. La distribucion de los sa-
lones, su adorno delicado, un elegante tocador de señoras,
un surtido y abundante ambigú, un espacioso guarda-ropa,
una orquesta numerosa en lo posible, y las salas preparadas
para baile, descanso y desahogo, serán una prueba inequí-
voca de que nuestro deseo ha sido conciliar el lujo con la
comodidad. No sabemos si al querer hacer ostensible nues-
tra gratitud á las infinitas señoras que nos favorecen, no
satisfará la ejecucion nuestros deseos: de todos modos que-
darémos sumamente complacidas si, como esperamos, es
la reunion del Sábado el centro del buen gusto, del placer
y del regocijo.

LA ADALIA.

A CLAUDIA.

¡Error, misero error, Claudia; si dicen
los hombres que son justos, nos mintieron;
no hay leyes que sus yugos autoricen.

¿Es justa esclavitud la que nos dieron?
justo el olvido ingrato en que nos tienen?
justo que nuestra vida martiricen?

Mal sus hechos tiránicos se avienen
con las altas virtudes que atrevidos
en tribunas y púlpitos sostienen.

Pregonan libertad, y sometidos
nuestros pobres espíritus por ellos
¿dueños son de cesar ni aun sus gemidos?

Pregonan igualdad, y esos tan bellos
amores que les dá nuestra pureza
¿pagan si no con pálidos destellos?

Pregonan caridad, y esta tristeza
en que ven nuestras almas abismadas
¿mueve su compasión y su terneza?

Claudia, en nuestra niñez siempre olvidadas,
en juventud por la beldad queridas,
somos en la vejez muy desdichadas.

Paréceme que miran nuestras vidas
como á plantas de inútiles follages
que valen solo cuando estan floridas.

«No han menester jardin, ezezcan salvages,
rindan como tributo su hermosura...»
¿qué mas osan decir?... ¡Cuantos ultrages!

¡Cuántos ultrajes, Claudia, á la criatura
que tiene cor: zón como el del hombre,
y corazon mas lleno de ternura!

Mádre la llaman, y á tan alto nombre
el español no dobla la rodilla,
y la desprecia, porque al mundo asombre

Que en nuestro bello suelo la semilla
de la mas rica planta ¡ay! arrojada
sea como inútil fruto a la avecilla.

¿Verdad que el alma noble está enojada
de que tantas bondades como encierra
porque nazca muger sea desdenada?

¿Verdad que estamos, Claudia, en nuestra tierra
murmurando las hembras, sordamente,
contra la injusta ley que nos destierra?

No balle la ambición en nuestra mente
de gobernar los pueblos revoltosos,

que es tan grande saber para otra gente.

Ni sentimos arranques belicosos
de disputar el lauro á los varones
en sus hechos de guerra victoriosos.

Lejos de la tribuna y los cañones
y de la adusta ciencia, nuestras vidas,
gloria podemos ser de las naciones.

Pero no en la ignorancia, no oprimidas,
no por hermosas siempre contempladas,
sino por buenas ¡ah! siempre queridas.

¡Oh madres, de otra edad afortunadas,
cuan dichosos que haréis á vuestros hijos
si en escuela mejor sois enseñadas!

No sufrirán por males tan prolijos
como aquellos que ya desde la cuna
tienen en el error los ojos fijos...

Mas, Claudia, cuando España, por fortuna,
tras de su largo llanto y dura guerra
esa feliz prosperidad reuna
ya estaremos tú y yo bajo la tierra.

CAROLINA CORONADO,

La Mujer erudita.

El grande talento de Moliere ha pintado con caracteres indelebles este carácter: y ¿qué podria yo añadir, dice Saint Ange, al cuadro tan perfecto y cómico que hace Crisale de las *mujeres eruditas*? Sus divinos versos no pueden ser bien traducidos, y remito al que desee admirarlos á la comedia de aquel gran ingenio que tiene el mismo título, es decir: *Las mujeres eruditas*.

No entraré en la cuestion tan largo tiempo ventilada por algunos autores de si las mugeres son ó no á propósito para las ciencias. Pero lo que me parece cierto es que el estudio filosófico no añade nada á su amabilidad. Las reflexiones profundas graban en el rostro un caracter severo que no conviene á las gracias. Si una muger maneja el pincel ó la lira, ó como otra Safo canta sus amores, no hay duda que

aumenta los atractivos de su hermosura; pero no me agrada que una jóven me hable de física ó de geometría, ni que me cite los autores griegos y latinos; prefiero que no sepa sino amor.

El hombre que quiera cautivar á la presumida de sabia ha de dedicarse como ella al estudio de las ciencias; y si las poseyese profundamente, se ofrecerá á enseñarselas con la mayor complacencia: si las ignora procurará que ella se las explique; y este será á mi entender el mejor medio para que consiga ser amado, porque podrá al mismo tiempo hablarla de su amor y hacer en él mas progresos que en las ciencias.

La Muger melancólica.

La muger melancólica es tambien por lo general novelera y tierna. Se enamora de un amante que le parece muy sensible; evita el tumulto del mundo y gusta del estudio y de la soledad. El talento y las calidades del corazon y del espíritu tienen mucho imperio en su alma. Su sociedad agrada y complace porque es reflexiva, uniendo la sensibilidad, el gusto y la inteligencia; sus ojos tienen un atractivo inesplicable y pintada en ellos la mas tierna melancolía. Es preciso desterrar de su trato toda afectada alegría y entretenerla con lo que mas la agrada. Ama la gloria y algunas veces cultiva con el buen écsito las bellas artes. El buen proceder y delicado trato suelen privar tanto con ella, como la finura y los conocimientos variados.

La melancolía que padece la muger dimana muchas veces de la necesidad que tiene de amar, por lo que cambia enteramente su caracter luego que el corazon se halla satisfecho.

La Muger culta y afectada.

Esta clase de mugeres, fastidiosas por lo regular sin que

ellas lo conozcan, suelen usar un estilo particular y mucha afectacion. Se ofenden de la menor palabra y del mas insignificante gesto, por lo que el hombre debe estar sobre sí constantemente y observarse en la conversacion, porque tales mugeres son de una delicadeza ridicula. Todo en ellas es puro artificio; su voz, su modo de andar, sus gesticulaciones, su lenguaje mismo están siempre en contradiccion con lo natural y sencillo que las disgusta sobre manera. Fórmase una falsa idea de lo que es verdaderamente culto, y creen que consiste en la afectacion y en el esmero estravagante. Es mas facil desagradar á estas mugeres que enamorarlas, porque una espresion arriesgada, el son de la voz demasiado fuerte, la mas inocente libertad pueden hacerlos considerar como un hombre atrevido y sin educacion.

El único secreto para complacerlas y conseguir un ascendiente sobre tan originales mugeres, consiste en imitar en un todo sus ridiculeces.

A UNA NIÑA.

Oye, niña, en tu contento
mis canciones amorosas,
y no se pierda mi acento,
cual se pierden en el viento
los pétalos de las rosas.

¡Tu sin temer los engaños
del mundo con tu candor!
¡Tu sin temblar por sus daños!
¡Niña de tan pocos años
en las borrascas de amor!

Tu del cielo, hermosa mia,
bajaste para consuelo
á esta sociedad impia,
porque de ella es la falsía,
y los ángeles del cielo.

El mundo nuestros placeres
con su ceño saribundo
tornar sabe en padecerer;
si yo te quiero y me quieres..

¿qué nos importa ese mundo?

Codicia el hombre en mal hora
con insaciable ambicion
cuanto este mundo atesora;
al que de veras adora
le basta su corazon.

Será tu amor sin enojos
mi pradera encantadora
florecida y sin abrojos,
y la lumbre de mi aurora
será la luz de tus ojos.

Tu tierna voz elocuente,
cuando digas que me amas
imitará dulcemente
ya el susurrar de las ramas,
ya el murmurar de la fuente.

Esplendor, gloria... ¿qué son?
¿qué aprovecha en conclusion

ese anhelar infecundo?...

Ven á mis brazos , y un mundo
será nuestro corazon.

—
Ambos á dos despreciamos
esta tierra de dolor;
como nadie nos amamos,
y será un mundo de amor
ese mundo en que vivamos.

—
Ven, hermosa , y no abandones
esas esperanzas bellas,
nectar de los corazones...
Aunque falsas ilusiones
¡déjame vivir con ellas!

—
Tu no temes los amaños
de esta tierra corrompida;
sin la esperanza perdida
no se lloran desengaños

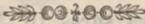
en el dintel de la vida.

—
Mentira aquí es la alegría,
verdad el luto y dolor;
déjame tu, vida mía,
que mi ardiente fantasía
vuele á otro mundo mejor.

—
Yo anhelé con frenesí
para el triste corazon
un germen de gloria aquí,
cuando angel de bendicion
te trajo Dios para mí.

—
Y en esa cautividad
que en tu amor tan solo fundo,
cifro un placer sin segundo,
porque es tu amor la verdad...
¡ó no hay verdad en el mundo!

R. GARCIA A. DE LOVERA.



JULIA.

Novela original.

(Continuacion.)

CAPÍTULO III.

La sorpresa.

«A Dios, pues, y ya que nuestros padres consienten en ello, dentro de pocos dias llegará para nosotros la era feliz de nuestra vida.» Estas palabras pronunciadas por Enrique al despedirse un dia de Julia, daban á entender que aquellos dos amantes veian cercano el dia en que se habian de unir para siempre. ¡Ay! los desgraciados no sabian que cuando iban á tocar el cúmulo de la felicidad, iban á ser victimas sacrificadas á las desenfrenadas pasiones de un hombre, y á las horrorosas maquinaciones de un tigre. Julia se separa de Enrique, y se dirige ácia su casa. ¿Adonde vas, paloma inocente? ¿piensas que cuando llegas á la morada pacifica donde habitas, donde te entregas á los mas sencillos recreos, la has de encontrar como antes, mansion de las

virtudes? No: la hallarás dominada por el crimen, habitada por hombres fieras. En efecto, al descubrir Julia su casa la encuentra rodeada por todas partes de magníficos carruajes y de apuestos lacayos: ¿qué es esto? dice para sí la asombrada joven. ¿Qué gran señor viene á visitar mi humilde choza? Y el genio del mal, que siempre nos guía á nuestra ruina, hizo á Julia precipitarse para adelantar su perdición. Al llegar á la casa encontró á su padre en el exceso del placer, acompañado de otros dos caballeros: el anciano Pedro así que vió entrar á su hija, la que saludó graciosamente á todos, se levantó, y tomándola de la mano ¡hija mia! le dijo: un gran acontecimiento tengo que comunicarte: somos los mas felices del mundo: el Sr. Marqués de Pouman, prendado de tus gracias, solicita tu mano, y mañana mismo ya serás tú Marquesa. Imposible es manifestar el sentimiento que estas palabras produjeron en el alma de Julia.

El dolor mas profundo, el terror, la dominaron de tal manera al recibir aquel terrible golpe de muerte, que se precipitó en su habitacion dando un grito agudísimo, y cayó desmayada en el dintel de la puerta. Su padre, aunque bastante sorprendido, corrió á buscar los auxilios necesarios, diciendo al salir á Lecrair: socorredla al momento, padre mio.

El Marqués miró á el fingido sacerdote. No contabamos con este incidente, le dijo, ya veis que solo por proponerselo se acaba de desmayar: ¿creéis todavía que hoy mismo estará en mi casa?—Su resistencia será uno de los principales medios de que me valga. Al oír los pasos del anciano Pedro, que venia seguido de todos los trabajadores y mujeres de la casa, estos dos personajes se acercaron á Julia, cuya cabeza coloca Lecrair sobre una de sus rodillas, hincando la otra en el suelo, mientras el Marqués, rociando con agua fresca aquel bello rostro, pretendia hacerla volver á la vida.

Se continuará.

ADELA GARCIA.